

CAPÍTULO V

Origen del conejo

Muchos naturalistas señalan, como patria del conejo, la Europa del Sur; otros la colocan en Africa y la mayoría de los autores convienen en que el origen del conejo tuvo lugar en la Península Ibérica.

Examinando las diversas opiniones, vemos que si muchos naturalistas dan, como origen del conejo, la Europa del Sur, señalan, por ese solo hecho a nuestra Península. Por otra parte, los que afirman ser Africa la patria del conejo, aseguran a continuación que desde este continente pasó a España en su marcha hacia el Norte.

Luego, en definitiva, a España cupo la suerte de albergar en tiempos remotos a este roedor, tan útil a la humanidad, y ser nuestra península punto obligado de paso para su conocimiento por el resto de Europa.

En épocas pretéritas, pero dentro de la Historia, existen antecedentes de la existencia del conejo en España.

En el año 50 antes de nuestra era, Catulo llama a la Península Ibérica *cuniculosa*, a causa de la gran abundancia de conejos que en ella existían.

Los fenicios, al aposentarse en nuestra tierra, al iniciar su dominación, llamaron a nuestro suelo *Sphania* que se deriva del griego *Sphan*, conejo; de aquí que *Sphania*, *Hispania* y modernamente *España*, no signifique más que *país de conejos*.

Además, examinando ciertas monedas romanas, durante el reinado de Adriano, se ve que se representa a España en forma de una matrona que tiene a sus pies un conejo.

También Strabón llamó a Hispania *cuniculosa*, y afirma que este roedor se multiplicaba tan vertiginosamente en nuestro suelo, que llegó a constituir un verdadero peligro para sus moradores.

Plinio afirma en sus escritos, que los conejos partieron por una mina desde Tarragona y fueron a asentarse a Mallorca y Menorca, así como al resto de las Islas, y, aun hoy, subsiste

el nombre de «conejera» con el que se conoce una de las pequeñas islas del archipiélago Balear.

Los conejos oriundos de la Tarraconense, y que minando llegaron a Menorca, se reprodujeron en tal cantidad que los menorquinos, en tiempos del Emperador Augusto, pidieron a Roma que sus soldados llegaran a la isla para exterminar a aquellos roedores.

Indudablemente, desde Baleares el conejo pasó a Italia, y de aquí, con los dominadores, recorrieron todo el mediterráneo como puerta de su entrada en la Europa Central y del Norte.

Parece que hasta la dominación romana, el conejo solo era conocido en nuestra patria. Recabemos, pues, para España el honor del primer conocimiento de este roedor y lamentemos que no hayamos sido los primeros en sacar partido de esa riqueza natural debida a nuestro suelo y a nuestro clima.

También ha sido España el vehículo de introducción del conejo en Inglaterra. Brehn nos dice que, en 1309, fué introducido el conejo en Inglaterra por los aficionados al deporte de la caza y los primeros ejemplares, importados de España, fueron tan estimados que llegaron a alcanzar el mismo valor que un cerdo.

En cuanto a Francia, los antiguos historia-
dores, llaman al conejo *Connill* o *Connin*, nom-
bre que recuerda el catalán *Conill*; prueba de
que animal y palabra pasaron a Francia a tra-
vés de Cataluña.

También los ingleses llaman al conejo *Coney*
que parece tener el mismo origen que el *Conill*
catalán.

Holanda, Dinamarca e Irlanda, han podido,
gracias a la maravillosa condición de la so-
briedad del conejo, que puede vivir en los te-
rrenos más estériles e infecundos, hacer posible
el aprovechamiento de sus dunas y obtener de
ellas beneficios económicos.

Más modernamente, Australia, en el año
1850, conoció la extraordinaria fecundidad del
conejo, ya que habiendo introducido tan sólo
tres parejas en Nueva Gales del Sur, en tres
años de completa libertad calcularon la pobla-
ción cunícola en la cifra de 13.000.000.

En Nueva Zelanda se introduce en 1870 y en
la actualidad exportan de 12 a 15 millones de
pieles.

Tales son los datos que nos prueban el origen
del conejo y la vitalidad de este animal, posi-
tivamente de rendimientos económicos insos-
pechados.